

■ ■ Así comenzó todo... ■ ■

Lo recuerdo claramente. Fue en la fiesta de cumpleaños de mi vecina Alicia. Me invitó Óscar, su hermano, que además de ser mi vecino es mi mejor amigo.

La verdad es que el cumpleaños de Alicia me importaba lo mismo que el cumpleaños del Ministro de Salud, o sea, nada. Pero no me iba a perder su fiesta porque Óscar me había confesado que otra vecina estaba invitada: Elena Santander.

Y Elena Santander es ese tipo de chica que nos gusta a todos. A los altos, a los guapos, a los flacos, a los orejones, a los feos, a los marcianos, ¡a todos!

Mi hermana Sol dice que no es para tanto, que exagero. «¿Te has fijado? Tiene las rodillas como dos pelotas de fútbol», dice mi hermana que odia el fútbol. Y yo no puedo contradecirle porque nunca he visto las rodillas de Elena Santander: siempre que la encuentro me quedo hipnotizado y no llego a ver nada más que sus ojos celestes.

En la fiesta, todos queríamos bailar con ella, todos queríamos mirarla de cerca intentando que no se nos notara la cara de terneros que poníamos al verla pasar. Pero Elena ni siquiera nos tomaba en cuenta. Parecía que ante ella todos éramos invisibles.

Pablo y Guillo, otros dos vecinos que se las dan de muy bromistas, estaban parados junto a una ventana y nos invitaron a Óscar y a mí a charlar.

—¿Ya bailaste con Elena? —le preguntaron a Óscar.

—Qué va —respondió él intentando lucir tranquilo.

—¿Y qué esperas?

—Eh, mmm, creo que eso no va a pasar, porque apenas hace una semana

me sacaron el yeso del pie que me rompí jugando fútbol, y el médico dijo que no puedo caminar mucho... ¡Ni bailar!

—¿Y tú, Miguel? No te has roto el pie últimamente, ¿no? ¿Qué esperas para pedirle a Elena Santander que baile contigo?

Pablo y Guillo eran mayores que nosotros y la verdad es que tenían métodos bastante bestias para relacionarse con el mundo, así que era preferible tenerlos de buenas.

—Esta música no me gusta mucho. Quizá después, si cambian a otro ritmo, la invite —respondí intentando quitármelos de encima.

En ese momento, Pablo y Guillo se dieron cuenta de que yo llevaba un teléfono celular en mi bolsillo. Era el teléfono que mi mamá me acababa de regalar por mi cumple y que le había costado «¡un dineral, Miguel, y me haces el favor de cuidarlo como oro, me ha costado un ojo de la cara y lo voy a pagar en 24 meses!».

—¿Y esto? —preguntó Guillo.

—Es mi teléfono —dije y no pude evitar que me lo quitara.

— Se me ocurre algo, Miguel...

— Ya, pero devuélveme el teléfono.

— No, espera, es un jueguito divertido —dijo Guillo—. Si consigues que Elena baile contigo, te lo devolvemos.

— Y si no lo consigo, ¿qué?

Guillo se puso a escribir entre risas maliciosas un mensaje. Pablo me sujetó de los brazos y Guillo me mostró lo que decía en la pantalla del teléfono. El pobre Óscar temblaba tanto como yo.

— ¿Qué es eso? —pregunté.

— Si no consigues que Elena baile contigo, le enviaremos este mensaje a su teléfono celular, sabemos su número de memoria.

El mensaje que Guillo había escrito decía:

«Elena, soy Miguel, tu *becino*, estoy loquito por ti, cuando te veo me tiemblan las rodillas y hasta las orejas. Pídeme lo que quieras y yo lo haré por ti».

— ¡No hagan eso, por favor! — les supliqué tratando de arrebatárselos el celular y, claro, con eso sólo logré que Guillo, el más alto, levantara sus



brazos, se envalentonara y me amenazara con darle a la tecla *Enviar*.

—¡No lo envíes! —le supliqué a Guillo—. Además de que haré el ridículo, ¡ese mensaje tiene un error ortográfico!

A Guillo y a Pablo, la ortografía y mi humillación les importaban muy poco. No me quedó otra opción que acercarme al grupo de las chicas, nervioso y colorado, y le dije a Elena:

—Perdona, ¿puedo hablar contigo? Sólo será un minuto.

Los chicos comenzaron a reír y a silbar a la distancia, y eso hacía más incómoda la situación. Pero de alguna manera tenía que recuperar el teléfono y con eso asegurarme de que no enviaran el mensaje.

Elena me miró sorprendida y me dijo:

—¿Qué quieres?

Sus amigas también me miraron muy atentas.

—Es que... tiene que ser en privado, Elena.

—Ya, no te hagas el misterioso y dime qué quieres.

Las risitas y las miradas burlonas

se dirigían a mí y eso me hacía sentir más nervioso todavía.

La tomé del brazo suavemente, la conduje a un costado de la sala y le dije:

—Me preguntaba si... bueno, no sé... Quería saber si te gustaría bailar conmigo.

—¿Era eso lo que me querías decir en privado?

—Sí.

—Pues no, gracias, estoy cansada.

Elena dio media vuelta y caminó hacia donde estaban sus amigas. Yo miré de lejos a Pablo y Guillo que levantaron el teléfono señalando el mensaje en la pantalla, dispuestos a dar la orden de *Enviar*.

Hice un gesto con mi cabeza para evitar que lo hicieran y me acerqué de nuevo a Elena.

—Perdona...

—¿Y ahora qué pasa?

—Es que de verdad quisiera que lo pensaras mejor. Baila conmigo, por favor, sólo una canción y no volveré a molestarte.

Elena puso las manos en la cintura, miró al cielo y dijo:

— Suena muy tentadora tu propuesta... Si bailo contigo, ¿desaparecerás para siempre?

— Sí, te lo prometo, como por arte de magia, ¡paf!, no me volverás a ver.

Ella sonrió, yo me emocioné y entonces dijo:

— No, gracias. Adiós. ¡Desaparece!

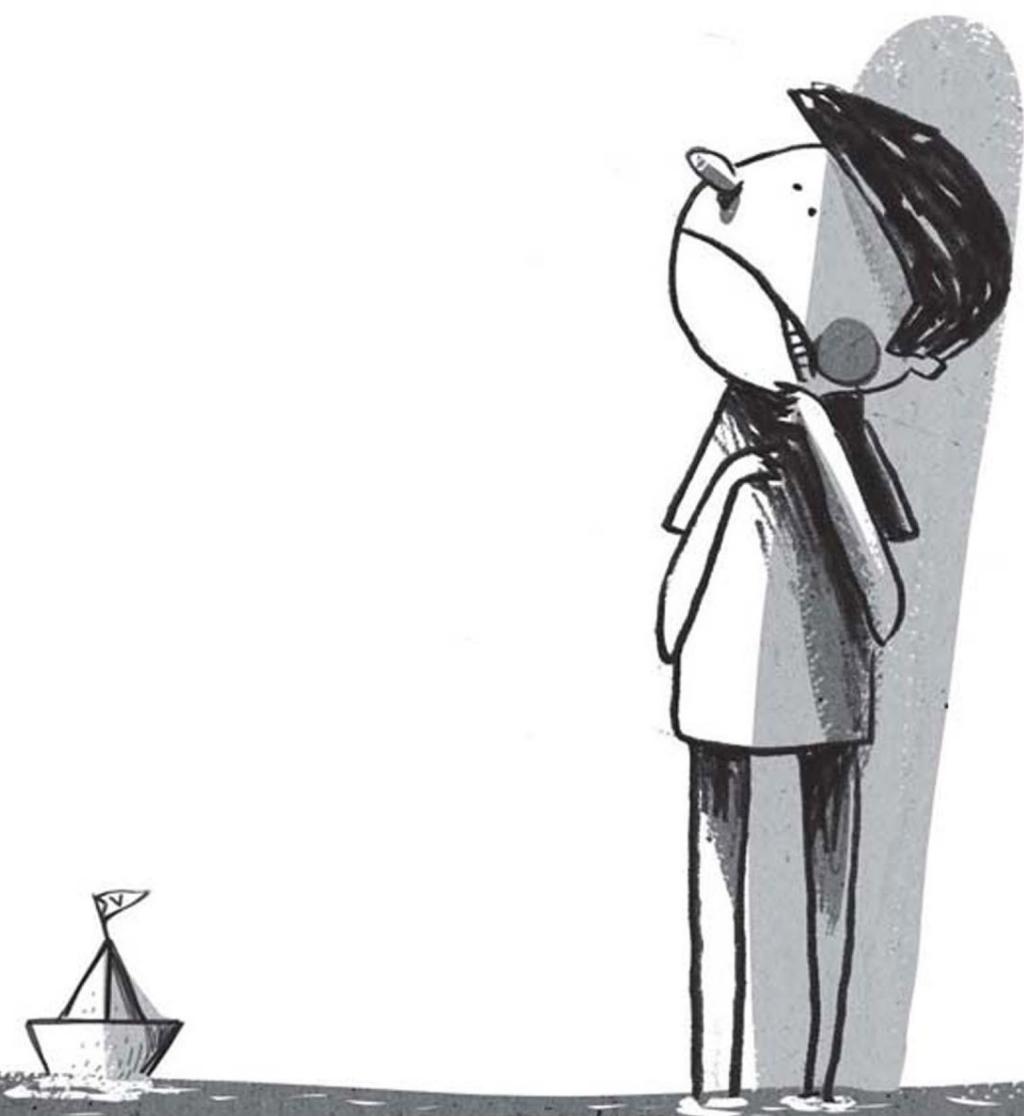
De nada sirvió que insistiera, ella avanzó hacia donde estaban sus amigas mientras yo desesperadamente corría para recuperar mi celular de las manos de Guillo.

Como en una coincidencia cruel, en ese momento la música de la fiesta se detuvo, la sala se quedó en silencio durante un minuto y de pronto se escuchó un ruidito que llamó la atención de todos los invitados.

Era una alerta de mensaje que sonaba como un grillito: cri-cri, cri-cri. Bueno, entre tanto silencio ese no parecía un grillito, sino un grillo gigante, prehistórico.

Todos voltearon a mirar a Elena. Ella sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y dijo emocionada:

— ¡Tengo un mensaje!



Yo me lancé sobre Guillo, pero fallé en el cálculo. Al arrebatarse el teléfono, me estampé contra Óscar y juntos rodamos por el piso.

El teléfono se hizo trizas.

Y, tendido en el piso, despatarrado, con estrellas dando vueltas sobre mi cabeza, abrí los ojos y lo único que alcancé a escuchar fue la voz cristalina y suave de Elena Santander que me decía:

—¡Tonto! *Vecino* se escribe con *v*.